



Fernando Savater: *Diccionario filosófico*
Planeta (Colección Dictionarios de Autor).
Barcelona (España). 1995. 457 pp.

Los misteriosos laberintos del lenguaje parecen haber sido agotados en una innumerable cantidad de diccionarios que lo desmenuzan y analizan, desde casi cualquier especialidad existente.

Hay diccionarios de psicología, de mitología, de simbología, de filosofía, de medicina, diccionarios de las jergas de fin de siglo, en fin, en esa interminable especialización de la especialización, hemos llegado al diccionario personal. Ahora tenemos «Diccionarios de autor».

Aunque bien podríamos argumentar que esto no es nada nuevo, que es una milenaria afición de filósofos y otros intelectuales, el colocar al final de sus libros eso de: entiendo por «esto»..., entiendo por «aquello»..., construyendo así un pequeño diccionario personal que sirve para justificar su, también personal, interpretación de los asuntos tratados previamente. Pareciera que tales diccionarios de autor no son sino glosarios a los que se atribuye el estatus de obra literaria.

Esta colección que la Editorial Planeta decidió llamar «Diccionarios de autor» incluye el *Diccionario filosófico* del español Fernando Savater, quien se ha ocupado especialmente de los temas de ética y política a lo largo de más de veinte años dedicados al estudio y la enseñanza de la filosofía.

Fernando Savater, nadando en la corriente de lo irreverente, remoja la sonrisa filosófica tratando de hacer de los estáticos conceptos ancestrales, dinámicos ciberconceptos (entendemos por ciberconcepto, un concepto de fin de siglo veinte... Con este concepto estamos dando inicio a nuestro primer diccionario de autor). Al comienzo, Savater, nos deleita con una breve historia de la filosofía en una introducción que tiene el sello de lo personal, como el resto del libro. Divide la introducción en dos partes: a) lo que tengo por filosofía, y b) acerca de este diccionario.

La parte a), es un viaje que comienza en la Grecia antigua y llega hasta la complejidad social que es el mundo de hoy. Pues, para definir la filosofía hay que «recordar en qué ha consistido y dictaminar si aún es tenuemente viable o se trata ya de un asunto archivado» (dice Savater). Para ello el autor emprende una consideración personal, histórica y conceptual del asunto, sin pretender que su planteamiento sea aceptado por la comunidad filosófica, y siempre en un tono intrépido y jovial.

Al final de su recorrido, nos dice que la filosofía actual, la que se enseña en las aulas, es pura filología. Se trata de filología «a ratos griega o latina, lo que es un mal menor, pero en muchos casos sólo...filología alemana». Ya no se piensa directamente sobre un tema. «Hasta el punto», nos advierte,

que ocurre con la filosofía algo parecido a lo que pasa con la ópera: consiste en interpretar con virtuosismo viejas tonadas [...] faltan, diría yo, cantantes callejeros y aficionados al buen rock y al country menos ecológico [...]

El estudio de la filosofía se ha convertido en el estudio de las «grandes figuras del tarot filosófico».

Savater piensa que el filósofo actual debería volver al carácter «vagabundo y cosmopolita, desarraigado», que Crespo en su diálogo con Solón consideraba como posesión de la filosofía.

La filosofía nos confirma que pertenecemos a lo concreto, y que a partir de ahí, en conflicto impío con ello, eso conocido se extiende hasta lo desconocido, lo infinito. Y ninguna de las autoridades establecidas tiene derecho a administrar en lugar nuestro.

En conclusión, esto es lo que Savater tiene por filosofía:

es tarea actual y prioritaria del filósofo tomar intelectualmente partido por la civilización humana única frente a lo que en cada una de las diversas culturas se opone a ella.

Acerca de su diccionario, el autor nos dice en la parte B) de la introducción lo siguiente:

Este libro no es un «diccionario de filosofía» al modo del compuesto [...] por Ferrater Mora [...] Lo que he pretendido hacer más bien es un «diccionario filosófico», en la traza del que con gracia inimitable preparó hace más de doscientos años Voltaire.

Y añade, porque entiende de pretensiones:

Soy vanidoso pero no imbécil [...] no me tomo ni mucho menos por Voltaire [...] este diccionario comparte con el suyo algunos rasgos de composición, salvando naturalmente la cruel disparidad de talentos: la pretensión nada enciclopédica, el capricho personal al elegir temas y autores, la propensión a incluir dentro de un enunciado menos sugestivo digresiones que abrían merecido quizá lugar aparte, la intención no tanto de pasarse entre las ideas como de ir contra algo y a favor de algo, el humor el gusto literario, [...] el tono coloquial, etc.

Savater intenta hacer filosofía sobre cualquier cosa, aunque también se detenga en algunos grandes temas como: el ser, la naturaleza, la muerte, la religión...

Este libro no pretende ser un trabajo erudito o académico: «no es este pues un diccionario para ser consultado sino para ser leído» (añade). Entonces no es un diccionario, podríamos decir.

Podemos concluir que los problemas del hombre común sólo se convierten en temas de reflexión filosófica al descontextualizarlo. Para pensar a los hombres en su cotidianidad son más adecuadas otras sendas de acercamiento literario como la novela o el cuento. Esto no significa que el norte de un relato novelesco no pueda estar señalado por la brújula de la filosofía. Hay numerosos ejemplos de filósofos (Sartre, Unamuno, Carrol, Eco, etc.) y de literatos (Borges, Kundera, Yourcenar, etc.) que siguieron ese camino. El propio Savater, además de sus numerosos ensayos filosóficos, escribió novelas como *Caronte aguarda*, *Diario de Job*, *El dialecto de la vida.*, *El jardín de las dudas* (finalistas del premio Planeta 1993).

Dejemos a los diccionarios cumplir su misión erudita, y disfrutemos de este libro de tono ágil y alegre reflexión teniendo siempre presente el lema de Bernard Shaw, bajo la tutela del cual el autor coloca su obra: «toda tarea intelectual es humorística».

Por último, escogimos una palabra del cotidiano vivir que Savater define como muestra de este «diccionario»:

LOCOMOCIÓN: Hace un par de años una turista francesa que se alojaba en el hotel Igueldo de San Sebastián cometió una equivocación de implicaciones metafísicas. El hotel se halla en lo alto del monte del mismo nombre, con preciosas vistas sobre esa bahía que tanto nos enorgullece a los donostiarras y a la que siempre nos referimos propagandísticamente con la expresión «un marco incomparable». Junto al hotel existe un pequeño y entrañable parque de atracciones, en el que algunos niños hemos vivido esas mínimas peripecias inolvidables que sirven luego a la conciencia como paradigma radiante y necesario de la esquiva felicidad. Desde el punto de vista panorámico la situación de ese albergue es inmejorable, pero tiene como contrapartida su relativa lejanía del casco urbano. Para llegar hasta él, los turistas disponen de taxis, microbuses y también de un funicular, desartelado aunque con un grato aroma de belle *époque*. Fue este último medio de locomoción el que recomendaron en el hotel por su modesto exotismo a la señora francesa, dispuesta a visitar el centro de San Sebastián. La dama marchó muy decidida y a pocos metros de la puerta de su alojamiento tropezó con una diminuta estación de la que estaba a punto de partir un curioso tren multicolor, en todo semejante a la descripción que le habían hecho del funicular. Lo abordó con regocijo y pronto se vio sometida a tremendos zarandeos, con vertiginosas subidas y bajadas, para finalmente concluir su viaje sobresaltado en la misma estación de partida. Había confundido la montaña rusa del parque de atracciones con funicular.

¿Alcanzó la despistada turista gracias a esa confusión el momento de iluminación definitiva que buscan tantos sabios y que los budistas de la secta zen llaman satori? ¿Comprendió que en esta vida es no sólo inevitable sino recomendable para el alma tomar las montañas rusas por funiculares, que todos los funiculares son más o menos montañas rusas, que no hay viaje sin imprevisible sobresalto y que al final nadie puede alejarse mucho del punto de partida, ya que «la meta es el origen»? ¿acabó la dama mareada pero sabía o todo lo contrario? En cualquier caso, desde un punto de vista estrictamente filosófico, no hay nada como veranear en San Sebastián.

María Guadalupe Llanes